

TERESA

Si tú y yo, Teresa mía nunca
nos hubiéramos visto,
nos hubiéramos muerto sin saberlo:
no habríamos vivido.

Tú sabes que moriste, vida mía
pero tienes sentido
de que vives en mí y viva aguardas
que a ti torne yo vivo.

Por el amor supimos de la muerte:
por el amor supimos
que se muere, sabemos que se vive
cuando llega el morirnos.

Vivir es solamente, vida mía
saber que se ha vivido,
es morir a sabiendas, dando gracias
a Dios de haber nacido.

MIGUEL DE UNAMUNO

Recuerdos

Aquellas violetas

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros



O traté muchos, muchísimos años. Era humano y sencillo en un grado difícil de igualar. Acaso para estos *Recuerdos*, que son siempre algo muy subjetivo, sea eso lo que más tengo que resaltar, como apreciado por mí en diversos momentos íntimos. Porque de la valía extraordinaria y polifacética, de la talla universal del doctor

D. Gregorio Marañón, nada puede aportarse que no sea conocido.

Empecé a tratarle cuando yo era un muchacho, y no se interrumpió la amistad hasta su muerte. En febrero de 1929, le llamé por teléfono desde Cáceres. Mi abuela materna, con la que yo me había criado, estaba grave. Le pedí que viniese a verla. Vino; pero, por desgracia, nada había que hacer. Me lo dijo así. Al día siguiente a la marcha de él, murió, según me anunciara.

Fue aquella la primera ocasión que tuve de tratar íntimamente a don Gregorio. Pasamos juntos muchas horas de charla. Por entonces estaba en moda el temor a la fiebre de Malta. El queso de cabra, —animal del que procede la enfermedad—, tan abundante en Extremadura, eran muy pocos los que osaban comerlo. A Marañón, que le habíamos alojado en nuestra casa, se le puso uno en la mesa y comió en gran cantidad, contestando a las indicaciones sobre los referidos temores, con las siguientes frases humorísticas:

—¡Pobres cabras! Ahora todo el mundo es a desacreditarlas. Por eso yo les hago este acto de desagravio, comiendo su queso, que es riquísimo.

Y agregó, ya más serio:

—No hay que exagerar. La fiebre de Malta no tiene casi difusión en España. A mí me gusta mucho este queso. Si no fuera abusar, les pediría que me dieran otro, para que lo coman también mi mujer y mis hijos, que les encanta.

Se llevó a Madrid varios quesos de cabra, ante el asombro de los cacereños, atemorizados por la dicha fiebre.

Durante su estancia en Cáceres fuimos al castillo de las Arguijuelas de Arriba, propiedad de la marquesa de Camarena. Los dos solos, Marañón y yo, recorrimos el edificio y paseamos por el jar-